

## **Discurso del profesor Pedro Martínez Montávez**

Pedro MARTÍNEZ MONTÁVEZ

BIBLID [0544-408X]. (2006) 55; 385-400

Excmo. y Magfco. Sr. Rector

Queridas y queridos colegas, amigas y amigos

Un periodo de un mes deja poco margen para cambiar de opiniones y de comportamientos. No hace todavía un mes que, en un acto similar a éste, yo era investido doctor honoris causa por la Universidad de Alicante. Por ello voy a permitirme empezar mi discurso de hoy, en esta queridísima y muy admirada por mí Universidad de Granada, en esta ciudad bellísima, entrañable y única, con las mismas frases con que empecé aquél.

Decía yo entonces: Soy una persona a la que siempre ha interesado especialmente conocer el sentido y el significado de las cosas, de los hechos, de los acontecimientos, de los nombres, de los quehaceres. Seguramente por eso la lengua árabe ha constituido siempre para mí, y sigue constituyendo, un objeto de estudio, de aprendizaje, de encanto y de reflexión, inagotable. Porque es una lengua en la que las potencialidades semánticas y metafóricas adquieren dimensiones muy extensas y sorprendentes. Y a partir de la lengua, indudablemente, todo lo que está relacionado con la realidad humana que ha tenido y sigue teniéndola todavía como expresión identitaria primera y principal. Quiero decir que a mí me ha preocupado mucho siempre saber en qué consistía mi quehacer, mi profesión; saber qué podía ser eso del arabismo, saber qué significa ser arabista y qué sentido, sentidos, tiene. De todo esto voy a volver a hablar ahora aquí, en Granada, lugar perfecto para hacerlo.

Conviene estar enterado de lo que piensan de nosotros los demás, de las ideas que tienen acerca de nuestros quehaceres, dedicaciones y especializaciones quienes no las comparten profesionalmente con nosotros. Suele ser sumamente ilustrativo y alec-

cionador, hasta preferible en bastantes ocasiones, a conocer las ideas y las opiniones de quienes las comparten. A mí me lo ha enseñado así mi propia experiencia personal en la universidad, marco ideal para la práctica de la interdisciplinariedad, de la interacción, del diálogo, del enriquecimiento intelectual recíproco y transversal, al margen de normas, planes y programas de estudio, métodos y modas. Si la universidad no es eso por naturaleza, convicción y ejercicio, es muy poco, y corre el riesgo de llegar a quedarse en nada. Quiero decir que no es entonces universidad. Por eso, voy a partir para mis reflexiones de la afirmación de un filósofo español contemporáneo, maestro en estos riesgos del pensar y de la conducta.

Escribió en su día José Luis López Aranguren: “Un problema clave en el diálogo cultural mediterráneo es la relación con la cultura árabe”, recomendando de inmediato, al par que ampliaba los horizontes, las dimensiones y los objetivos de la cuestión suscitada: “reconocer que los árabes contribuyeron también, de manera relevante, al desarrollo de eso que llamamos la cultura occidental y, en especial, de la hispánica”. Una muestra perfecta de que, para decir las cosas con claridad, con sensatez y con precisión, no hace falta extenderse en el uso de la palabra.

Así pues —y no lo afirma un arabista, como acabamos de comprobar— el conocimiento, el estudio y la valoración de la cultura árabe son muy importantes. Dicho sin alharacas ni arrebatos, sin especie alguna de elogio ni de censura hacia ese objeto. El arabista ha de ser consciente de ello, y consciente también de qué significa su profesión y en qué consiste. ¿qué es eso del arabismo, cómo debe entenderse, qué puede significar para la existencia humana y qué papel cumplir en ella?

Traigo ahora una segunda afirmación, de mi propia cosecha. Lo escribí en julio de 1977, y en un lugar entonces tan nuevo y desconocido además para mí como el emirato de Abu-Dabi, al prologar mi libro *Ensayos marginales de arabismo*. El Golfo no era entonces, de manera visible, el lugar sumamente agitado que, en todos los aspectos, es hoy, quizá reflejando así lo que significa la raíz de la que su nombre: *Jalich*, deriva en lengua árabe. Escribía: “Desde hace bastante tiempo estoy convencido de que el arabismo resulta una profesión —y una dedicación— sugerente, variada y espiritualmente enriquecedora como pocas. Basta sólo con que uno acierte a contemplarlo en todas, o la mayor parte, de sus auténticas posibilidades inherentes de acción y desarrollo: el panorama, entonces, se vuelve sorprendentemente profundo y variado, puede responder a una extraordinaria gama de estímulos, perspectivas y actuaciones. Caben en él, aún, residuos de ese exotismo ambiguo que le caracterizó en parte durante épocas precedentes. Para entenderlo y admitirlo así sólo hace falta, precisamente, que el arabista se instale en el arabismo sin alifafes ni prejuicios, lo aborde con la misma profesionalidad y naturalidad que son habituales en otros campos de actividad pareja, que lo realice desde similar postura humanista”.

Yo no tengo ninguna duda al respecto, estoy convencido de que el arabismo es una modalidad de humanismo. Que nadie se sienta por ello menoscabado ni agredido. Estoy hablando, obviamente, de un humanismo general y básico, no reducible por la aplicación de criterios cronológicos, temáticos ni ideológicos. Me atrevo a añadir algo más: de un humanismo contemporáneo, de un humanismo de nuestro tiempo. Si una de las cualidades esenciales del ser humano ha de ser el propósito de comprensión y de explicación del “Otro”, el arabismo resulta entonces una excelente actividad para ponerlo en práctica, y el arabista tiene el derecho y el deber de concebirlo y efectuarlo así. Esta es, por consiguiente, la clave: advertir, aceptar y mantener que el arabismo es también un humanismo, una modalidad de humanismo. Debemos decirselo a los demás, para que así lo entiendan, y decírnoslo también entre nosotros mismos: no sólo para que así lo entendamos, sino también para que seamos conscientes del desafío que el arabismo implica. Empezaremos así a advertir y a calibrar que eso de ser arabista no es algo precisamente fácil ni sencillo. No, pero a cambio, es algo inacabable y apasionante. ¿No es suficiente aliciente, para la vida y para la ciencia?

Y Granada, ¿qué puede significar?, ¿qué función cumple en toda esta trama de acciones y sensaciones?. Nos van a ayudar en esta tarea quienes mejor pueden hacerlo, los poetas; en concreto, uno de los más grandes de nuestra época en lengua árabe: el siro-libanés Ali Ahmad Said, “Adonis”. En lujosa edición no venal auspiciada por la UNESCO, Adonis publicó el año 1996 en París un poco conocido poemario titulado *Doce candiles para Granada*. El texto árabe original iba acompañado de las correspondientes traducciones a tres lenguas europeas: español, inglés y francés. El poeta me hizo el favor y la no menos grande muestra de confianza de pedirme que yo tradujera su poemario en español. El libro se enriquecía además con una espléndida carpeta que contiene otras tantas serigrafías en color del pintor palestino Kamal Boullata. Se reunían dos sensibilidades artísticas excepcionales, como explica Federico Mayor en una breve introducción. El primer poema se inicia con estos versos:

“Hay una casa única para el cielo y la tierra.  
Aquí, entre el Mediterráneo y Sierra Nevada”.

Y concluye con estos otros:

“Sube, oh poeta, hasta las torres de la pregunta.  
Lee el aire del mirto  
y que tus labios prueben el vino del significado”.

Es decir, lo que tenía que ser: el encuentro, la celebración en la Alhambra; la experiencia incomparable de empezar a descifrar el secreto en la Alhambra. Una contemplación por doble vía: la exterior y la interior, los dos recorridos de mirada, trenzados, que expresa con sendos verbos fraternales la lengua árabe. Contemplar, para llegar al significado, al sentido y al sentimiento, completo e integrado, de las cosas. Contemplar para lograr una percepción total de las cosas. Porque la Alhambra es también eso: el gran Mirador, ante el panorama infinito.

\* \* \* \* \*

Todas las dedicaciones, eso que solemos denominar las especialidades, son en parte comunes y en parte diferentes, coinciden en grandes campos y sectores de contenido y realización y se distinguen entre sí por otros de variable extensión y origen: tiempo, lugar, formación, escuela, preferencia personal, circunstancia histórica y vital. Con el arabismo ocurre lo mismo, y el arabista experimenta también estas circunstancias. Quiero decir que el arabismo tiene también sus matices y peculiaridades, y por ello mismo pueden existir algunas peculiaridades distintivas, y más o menos virtuales e influyentes, entre el arabismo y el arabista de un entorno o de otro entre otras muchas posibilidades. Hablo por mi propia experiencia personal, que es la que me permite mantener tal opinión. Yo he pasado la buena experiencia de hacerme arabista, de ir haciéndome arabista, en Madrid, en El Cairo y en Sevilla. Han sido mis moradas y vivencias principales y más conformadoras. En este itinerario personal, Madrid constituye sin duda la morada vivencial básica y sustancial, la morada-lugar estructural y permanente; El Cairo, la más reveladora e impactante, la que me transformó y conformó de otra manera; Sevilla, la más sorprendente e ilusionada.

Todo ha sido distinto con Granada. Yo no puedo afirmar que me haya hecho arabista en Granada, pero sí que me he hecho arabista con Granada, que con Granada he acabado de hacerme arabista plenamente. No se trata de ningún artificioso juego de preposiciones intersustituibles, sino del reconocimiento sincero y la gozosa aceptación de una realidad entera. Acabar de hacerme arabista con Granada, y no en Granada, significa que esta experiencia me sobrevino en un tiempo de madurez cronológica y profesional, cuando podía resultar por ello más difícil y complicado, hasta casi no natural, que mi condición de arabista se agrandara todavía y completara. Cuando yo pensaba que ya todo estaba rematado y definido, faltaban todavía cosas: más hallazgos, nuevas sensaciones y emociones, hasta otras revelaciones y percepciones, que iban a añadirse además a todas las anteriores ya acumuladas y asentadas en mí con plena naturalidad, armonía y coherencia. Como en el hermoso y turbador poema de Abdel-Wahhab al-Bayati: *La luz vino de Granada*.

Las dimensiones simbólicas de Granada son totalmente naturales, están fuera de toda duda, pero yo las conocí en su plenitud a través de la literatura y el pensamiento árabes contemporáneos. Ahí encontré una nueva condición, otra dimensión más extensa y novedosa, que se integraba a la perfección con las anteriores: la dimensión colectiva. Granada ascendía al nivel superior y más comprensivo del “nosotros”, no se quedaba solamente en el “yo” ni a éste únicamente reflejaba y representaba. En el párrafo inicial de la introducción que escribí para mi antología *Nuevos cantos a Granada*, publicada el año 1979 en espléndida edición artística que tuvo el privilegio además de contar con diez aguafuertes de José Duarte, lo dejé ya anunciado:

“Uno de los más largos, dolorosos y difíciles partos por los que está atravesando el mundo árabe contemporáneo es el de la recuperación consciente de su Historia. No se trata de una abstracta aventura intelectual principalmente; es un auténtico y hondo desafío existencial. Y en esta circunstancia lo español, lo andaluz, lo granadino —vibración gradual, cada vez más profunda y depurada, jadeante y apretada, de un bordón ancestral— constituyen motivo y horizonte singular (a mi modo de ver, incomparable) de reflexión y sentimiento. Basándome en palabras del gran poeta sirio Nizar Qabbani he escrito en otra ocasión que Granada es, para el árabe, “un mil cuatrocientos noventa y dos inacabable”. Símbolo supremo, además, de extremos o contrarios insuperables, dialécticamente entramados y nutrientes. Signo incomparable de exaltación y dolor, de grandeza y desastre, de principio y final, de vida y muerte portentosas, traslúcidas, vibrantes, dramáticas, arcanas, inefables...”

Con esta Granada que se recrea en el imaginario árabe moderno comprendí todos los significados de la pregunta que Adonís se hacía: “¿por qué cae el pasado, sin caer?”, o la vuelta, que también él se propone, “a la gacela de la Historia que abre las entrañas”. Escribí también en aquella breve introducción —y recordarlo y reproducirlo ahora, después de casi treinta años, guarda para mí un sabor agridulce especial— que esa Granada producía “una sensación coincidente superior, que anula diferencias de tendencias y gustos poéticos, de escuelas y preferencias, de situaciones nacionales y cronológicas diversas. Y puede anularlas porque, al tomar precisamente a Granada como denominador común, como única nervadura emocional, como motivo inspirador y aglutinante, proporciona inevitablemente factores superiores de unidad, vías-matrices más hundidas, oscuras y poderosas”.

Va surgiendo y ascendiendo una ciudad prismática y plural, de múltiples dimensiones abiertas y diversas pero también enlazadas, taraceadas: una ciudad esencialmente convergente y coincidente, como en un ataurique prodigioso. En esta portentosa escenografía la ciudad suele aparecer acompañada de su máxima construcción —en todos los órdenes y sentidos— representativa: la Alhambra. ¿Y qué provoca con frecuencia esta aparición?. Oigamos, por ejemplo, a Abdessalam al-Uyaili; al

trazar el tópico tríptico del “circuito sentimental andalusí” de las tres grandes ciudades: Granada, Córdoba, Sevilla, singulariza así a Granada: “Me poseyó el orgullo, y sentí el engramiento del mismo cielo cuando vi a los que llegaban de todos los pueblos, en pie, pasmados de admiración ante la maravilla de la Alhambra”.

Como he escrito también en otro lugar, Granada se seguirá abriendo en una escenografía algo fantasmagórica e irreal, de bellísimos efectos teatrales y cinematográficos, de cámara lenta, morosa, alternante. Hay un aire de ballet o pantomima, picasianos, en esa visión alhambrina, con seguridad parcialmente distante, que brinda el soberano monumento. En poemas como *La sinfonía gitana* o el ya citado *La luz viene de Granada*, Abdel-Wahhab al-Bayati lo recrea magistralmente, en etéreo romance de amor, muerte y destino, en danza ritual de “amor brujo” en la que los fatales protagonistas, “convertidos en lengua llameante”, “intentan alcanzar la noche muerta sobre los torreones de la Alhambra/ con el pecho cubierto de puñales, estrellas y azucenas”. Por ese dilatado espacio nocturno el enamorado no sabe bien, se pregunta: “¿Cuál de nosotros toca los ajimeces de Granada, llorando algún amor, a alguna amada?. O “vaga por sus ajimeces borracho”, “perseguido por la voz de un violín que tocan en la noche cientos de enamorados”, “como un músico ciego se desangra sobre las cuerdas; da vueltas, solitario en torno a Dios, grita: ¿cuál de nosotros ha traicionado al otro?, ¿cuál de nosotros murió de amor?”. Mientras “la mujer seguía llorando en su destierro eterno, y la fuente llorando en la Alhambra”.

Granada, en su noche mágica y envolvente, en que una voz desconocida te persigue y arrastra... Permittedme un recuerdo personal: hace años, yo paseaba una noche por la calle Navas. De pronto empecé a oír una voz que, en algún íntimo lugar interior, cantaba una “soleá”. Me fui acercando hacia el lugar de donde procedía, era una peña flamenca, de pocos aficionados, los cabales. La voz me trajo al recuerdo un fragmento de *El collar de la paloma* y un poema, un nocturno, de Antonio Machado. Aquellos aficionados anónimos me invitaron a pasar y a sentarme con ellos. Con ellos estuve más de una hora, casi sin cruzar palabra, sí escuchando el cante, ovillándome en él. Me despedí de ellos con el gesto. Viví allí un tiempo de incomparable e inolvidable felicidad, que nunca olvidaré. Recuerdo que unos años antes me pasó lo mismo, otra noche, en Córdoba.

Ciudad extendida, para ser contemplada desde los cerros que la vigilan. Desde el Albaicín, desde la Alhambra, desde la Silla del Moro. Ciudad abierta desde estas atalayas, y recogida en su interior. Como Damasco, como Fez. A partir de la realidad, la imaginación la trasciende y sublima en la obra de los poetas árabes. Va surgiendo así, por ejemplo, la Granada bayatí, “la ciudad encantada que se alza sobre un río de plata y de limón, en cuyas puertas nadie nace ni nadie muere, rodeada por una muralla de oro y protegida del viento por un olivar”. A través de “la ventana que golpea

en la memoria y del agujero que se abre en la cabeza” —imágenes empleadas por Muhammad Ali Shamseddín— Granada será ciudad interna-externamente contemplada, como en un mágico juego de espejos contrapuestos. Ciudad de orgullo, de dolor, de vértigo, de muerte y ritual. En Granada entierra su amor al-Bayati, y dice: el amor es el único vencedor, pero se levanta después de morir, para nacer en ciudades no nacidas aún y morir nuevamente. Es la arquitectura fantástica que corresponde a la celebración del rito cíclico interminable de la vida, el amor, y la muerte. Ciudad de y para un poeta hermano y ejemplar: Federico García Lorca. Algo más adelante volveré sobre este tema.

Porque conviene tener en cuenta también a los prosistas. Es ahí donde la vuelta de la historia adquiere mayor y más constante dimensión, abriendo el abanico de los recuerdos y las indagaciones interpretativas. Así, Muhammad Kurd Ali, por ejemplo, que viajó a España el año 1922, la visita el día en que se conmemoraba el aniversario de su pérdida para el Islam, y encuentra la ocasión de recordar la infausta fecha mientras la cruz de plata era izada a lo alto de una torre de la Alhambra. Husain Munis (Mones), por su parte, puede hacerse el resumen de la historia de Granada sólo “con dos vistazos”, situándose al comienzo de la carrera del Darro, ante las colinas del Albaicín y de la Alhambra: “los de nuestra derecha (es decir, quienes moraron en los alcázares y torreones del gran palacio) fueron los que comieron, bebieron, se divertieron, y acabaron entregando el país al enemigo”, en tanto que “los de nuestra izquierda fueron los que trabajaron, se cansaron, pagaron impuestos, y acabaron siendo vendidos al enemigo”. Porque, para la pérdida de Granada, según Abdallah Hammadi, la frivolidad y la obscenidad fueron causas decisivas, dentro del proceso de gran deterioro que fue minando a la sociedad nazarí.

La pérdida de Granada asume la categoría de símbolo final y supremo de la pérdida de al-Andalus, es resumen y síntesis total y definitiva de todo el progresivo y sinuoso, larguísimo y lentísimo itinerario de reducción del Islam ibérico. La evocación de Granada surge una y otra vez a todo lo largo de la producción literaria contemporánea árabe, en paralelo a las sucesivas derrotas y desastres nacionales colectivos que sufren. Llega a constituirse en referencia tópica constante, inevitablemente reiterada, aunque su condición final de lugar común, de cliché parcialmente lastrado por toda una retórica aburrida y carente de cualquier pretensión de originalidad y creatividad, no impide que, con frecuencia, exprese también un sentimiento sincero, intenso y profundo. Afirmar lo contrario es señal tanto de falta de conocimiento suficiente del muy extenso, variado y cambiante panorama de la literatura árabe contemporánea —lo que es grave y descalifica por completo si se pretende juzgar y valorar— cuanto de falta de sensibilidad y de supeditación a elementos ideológicos espurios y serviles, lo que es igual de grave y descalificador.

La relación de ejemplos corroboratorios constituiría sólo un ejercicio de erudición pedante, anacrónica e irrespetuosa por mi parte, y prefiero por ello dejar únicamente constancia de muy pocos ilustrativos. Los versos de Halim Dammús, que reflejaron la primera gran derrota militar y la primera liquidación de las aspiraciones unitarias panárabes, inmediatamente terminada la Primera guerra mundial, resultan primer testimonio elocuente: “Y me acordé del Andalus, del trono que cayó tras el terrible miedo de los hombres./ Me acordé ardientemente de Granada, del aroma y de la fuente que crecían./ Es la historia que vuelve. Torna también a ella/ y pintando a Granada, pinta a Siria”. La lista va ampliándose sucesivamente, con cada nueva pérdida y derrota, y la Granada final se va repitiendo en tiempos contemporáneos: Palestina, Beirut, Bagdad..., ¿hasta cuándo? Es la renovación permanente de un reiterado 1492, derrumbamiento y deshonor parangonables y por causas análogas. Como clama Nizar Qabbani, “empezando en Granada y hasta nuestros días, no hay una sola ciudad árabe que no haya muerto la muerte de su señor”, son ciudades que “se suicidan cada una a su manera”, o “que se encuentran asesinadas en circunstancias oscuras”. Ciudades perdidas, y en ese trance final se buscará a la amada —total refugio definitivo inalcanzable, como la ciudad— aún más desesperada y angustiosamente:

“Este es el non plus ultra de mi locura,  
y yo no puedo ya amarte más.  
Es el máximo alcance de mi brazo,  
y yo no puedo ya apretarte más.  
Es la última pugna en la que entro  
por llegar a las fuentes de Granada,  
y ya no soy capaz de luchar más.  
Es la última muerte que muero con mujer,  
que muero por mujer.  
y ya no me es posible morir más”.

Granada cumple a la perfección esa condición identitaria inseparable de ser “última palabra de boca exangüe”, como la calificara Shafiq Maaluf, uno de tantos poetas árabes que, desde el exilio americano —en su caso, Brasil— soñaron y reivindicaron su alcornia andalusí. Granada, compendio final de al-Andalus, es el signo perfecto de la liquidación y del incendio devastador del que escapa el “último pájaro que sale de Granada”, el propio Qabbani:

“Dejo atrás a Granada. Atrás todas sus casas.  
Atrás todos sus campos y todas sus mujeres.

Atrás, toda mi infancia. Con mi historia asediada por las llamas”.

Aquel desastre supuso la liquidación en todos los órdenes, un daño enorme irreparable cuyas consecuencias aún se mantienen, por su magnitud de trauma colectivo insuperable. Es la lección aún no aprendida. El historiador Abdel-Yalil al-Tamimi ha vuelto a ponerlo de manifiesto recientemente: “En primer lugar, creo que los árabes aún no se han dado cuenta de la pérdida de conocimiento sobrevinida a causa de la caída de Granada. Conocemos lo conseguido durante los largos siglos que pasaron los árabo-musulmanes en al-Andalus, pero no las dimensiones y consecuencias generadas por la caída de Granada, ni por la huida de aquéllos para salvar el pellejo. Debo decir con todo orgullo que el Andalus árabe islámico se convirtió en el estandarte de la racionalidad en Europa, y que el Renacimiento europeo le es en esto deudor. Pero nosotros seguimos añorando el tiempo andalusí sin extraer de él las conclusiones que podrían ayudarnos a reincorporarnos” (trad. de Carmen Ruiz Bravo-Villasante).

En este proceso de recuperación consciente de su historia, de su memoria histórica, al que los árabes de nuestro tiempo se ven inexorablemente sometidos durante los dos últimos siglos, y que están llevando a cabo en circunstancias tremendamente adversas, tanto por causas procedentes de fuera de su ámbito como por otras generadas y desarrolladas dentro de él, al-Andalus constituye un eslabón esencial, singular, excepcionalmente significativo en cantidad y en cualidad. Y dentro de al-Andalus, Granada, como compendio y cifra final que de él es. Sin la experiencia del conocimiento directo de al-Andalus, y posiblemente de Granada de manera especial, el árabe se siente como expulsado de un paraíso. Para empezar a conocer y ponderar este sentimiento, basta con recordar lo que sintió Isa al-Nauri cuando siguió viaje hasta Málaga: “Cuando Adán salió del Paraíso —¡según dice la Biblia!— no sintió una amargura mayor que la mía al abandonar Granada, hacia Málaga (...) Los otros días que pasé allá no han sido sino una gota de agua que moja la punta de la lengua sedienta, pero dejándola más ansiosa de agua que antes”. Estoy refiriéndome a un proceso de recuperación consciente de su memoria histórica y no ningún sucedáneo, superchería o delirio que pretendan sustituirlo, circunstancialmente representados por personajes tenebrosos, como Usama bin Ladin, por ejemplo. Lo advierto así porque parece que son los ejemplos y testimonios de este jaez los que ahora interesa tan sólo difundir y aprovechar. Es otra muestra palmaria de ignorancia del tema en toda su complejidad y amplitud y de perversa unilateralidad amoral. Los límites naturales y prudentes de esta exposición me aconsejan detenerme aquí, con los ejemplos vinculados al Andalus que podemos calificar de “oficial”, sin aludir a ninguna de sus prolongaciones y permanencias: por ejemplo, la comunidad morisca. Quiero añadir simplemente que

en tal reconocimiento y tal recreación irrenunciables que se están plasmando en el sentimiento árabe por vías literarias e intelectuales, la temática morisca no sólo aparece, sino que va alcanzando progresivamente mayor importancia y relevancia. Como para muestra basta un botón, ahí está la trilogía de la novelista Radua Ashur, que toma a Granada como eje desencadenante y escenario principal.

¿Puede ser contemplada Granada sin su poeta máximo?, ¿puede ser contemplada Granada sin su poeta asesinado?, ¿puede ser contemplada Granada sin la compañía de Federico García Lorca?. Seguramente no, y tampoco pueden contemplarla sin él los poetas árabes contemporáneos. He afirmado en más de una ocasión que la figura española no sólo más presente, sino más influyente también en la cultura árabe contemporánea, a cuya intensa gravitación se ha encontrado ésta sometida, es García Lorca. Es muy posible que Picasso venga inmediatamente después. No por azar ambos son dos eminentes espíritus rebeldes, que saben mantener y renovar también, sin embargo, lo más valioso y esencial de toda una riquísima y plural tradición. Tengo para mí también, y no se tome esto como alarde pueril de chovinismo rahez, que no por azar, tampoco, los dos son andaluces.

Tal y como ocurre con la ciudad, estudiar y exponer la presencia de García Lorca, de su personalidad y de su obra, en la cultura y literatura árabes contemporáneas, y muy particularmente en la poesía, llevaría muchísimo tiempo, y el panorama quedaría finalmente incompleto. Por consiguiente, haré con él lo mismo que he hecho con su ciudad, reduciéndome a ofrecer unas pocas muestras selectas del tema, centradas casi exclusivamente en el poeta iraquí Abdel-Wahhab al-Bayati. Son numerosos los poemas y textos bayatíes inspirados en Federico y en los que éste es eje y protagonista, explícita o implícitamente, con su rostro y su nombre, revestido de distintas máscaras artísticas o hermanado con diversos personajes de todos los tiempos, pero los que quiero resaltar ahora son tan sólo dos, titulados respectivamente *Muerte en Granada* y *Elegías a Lorca*, escritos en la plenitud de su vida y de su obra.

En el primero, el binomio Lorca-Granada queda ya definitivamente constituido, funciona sin fisuras, a la perfección. Hay una asunción y una transustanciación de los destinos individuales, fundidos ahora fraternalmente. Las figuras femeninas míticas, las amadas inmortales, símbolos de amor eterno y perseguido, siempre buscadas y necesarias, dotan a los mágicos escenarios de una fragancia, de una ternura, de una plenitud incomparables. La geografía iraco-mesopotámica y la geografía andaluza-andalusí se funden también:

“Y gritaba en Granada  
un maestro de escuela:  
Lorca se muere, ha muerto;

de noche, los fascistas acabaron con él  
sobre el Éufrates,  
destrozaron su cuerpo, le arrancaron los ojos.  
Lorca, sin las dos manos,  
revela el secreto al ave fénix,  
a la luz, al polvo, al aire,  
a las gotas de agua”.

En el segundo, todos esos elementos adquieren una dimensión aún mayor, al potenciarse además la resurrección escatológica del ancestral y primario mundo mesopotámico. Es un poema dilatado y envolvente, de estratigrafía fundida e integrada, de confluencias múltiples y acrisoladas en la experiencia total del poeta. Poema de revelaciones y de muerte, iniciado con las del ciervo y de Enkidu, y en el que surgirá de nuevo la ciudad luminosa:

“La Granada de la infancia feliz  
es cometa, poema  
atado con el hilo de esa luz  
que tiembla sobre el muro.  
Granada la inocente  
ansía tirar su carga de vientos y de estrellas,  
duerme bajo la nieve que queda sobre las tejas  
y señala asustada hacia sus cerros negros.  
Desde allí, los hermanos enemigos  
a grupas de caballos de muerte  
llegaron, y anegaron  
en sangre aquella casa”.

En el universo mítico y simbólico de al-Bayati, bien estudiado por Federico Arbós, la figura de García Lorca traza una estela imborrable. Será “el heredero” de todo un patrimonio humano universal pasado de unos personajes egregios a otros, ininterrumpidamente, superando tiempos y espacios, “el hilo de luz” que la ilumina y transporta una revolución inmortal inacabable. Como ya he escrito en otro lugar, desde un confín al otro del territorio árabe, “desde el Atlas al Tigris”, poetas de las diferentes nacionalidades participan en esta evocación emotivo-literaria, experimentada y sentida con frecuencia como variante modernizada de lo andalusí. García Lorca acaba siendo una “necesidad ontológica” para el poeta árabe contemporáneo, tanto en el plano de la realización individual como en el colectivo, a la que no puede, o no

quiere, escapar. Si el poeta árabe contemporáneo, si el individuo árabe de nuestro tiempo se ha apoderado de Federico es ante todo, sencillamente, porque lo necesita totalmente, porque su existencia angustiada pide encontrar únicamente algún punto de parcial salvación en ángeles de esta especie, en mensajeros de este rango, en adalides de esta alcornia. Por eso se le dirigen las preguntas esenciales, por eso es el refugio que siempre se busca. Como lo busca Muhammad Ali Shamseddin: “¿Adónde van las cosas, Lorca, cuando se alejan de nosotros o en nosotros? Dime, oh bello doblemente asesinado, ¿qué película sobre qué mujer, hogar o amigo, te recorrió la mente cuando te abatiste ante la bala del opresor armado? ¿Qué palabras te faltaron al estallar, de pronto, en tu ensangrentada boca? ¿Acaso les dijiste, con tu boca agitada, que eras un poeta? ¿Qué poemas se cumplieron en tu sangre derramada a los pies de los armados?” (traducción de Rosa Isabel Martínez Lillo).

\* \* \* \* \*

El arabismo nos lleva a Granada, y Granada nos devuelve al arabismo. Permitidme que en los párrafos finales de mi discurso deje constancia de algunas reflexiones y consideraciones personales sobre el arabismo universitario granadino de las últimas décadas. Con el que he convivido y me he identificado. El que me ha distinguido siempre con un entrañable y permanente aprecio solidario y humano, académico y profesional, posiblemente en algunos aspectos inmerecido o excesivo. Que ha puesto todo de su parte para que yo reciba ahora el alto honor de ser admitido como miembro del Claustro de esta prestigiosa y varias veces centenaria universidad —ejemplarmente joven, vital y atractiva, sin embargo, todavía.

Son tantos, tan intensos, gozosos y enriquecedores para mí, los sucesos, ocasiones y momentos que he vivido en esta universidad y sus diversos centros: oposiciones, comisiones, tribunales, conferencias, cursos, coloquios, debates, que me resulta muy difícil seleccionar algunos particularmente representativos. Lo haré, no obstante. Fue el primero la entrevista que me hicieron, dentro del ciclo *El intelectual y su memoria*, en abril del año 1990, dos queridísimas colegas, amigas y —me atrevo a decirlo, confiando en que ellas me harán el honor de aceptarlo— discípulas: las profesoras Mercedes del Amo y María Isabel Lázaro. El texto de esa entrevista se publicó trece años después, 2003, en el volumen 52 de la *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos. Sección Árabe-Islam*, revista también ejemplar y muy importante dentro de nuestra área de estudios. Yo sigo recordando muy bien que “inmediatamente se estableció un gran sentimiento de complicidad entre entrevistado, entrevistadoras y el público presente”, como precisa la profesora del Amo en la introducción que puso al texto de la entrevista. Fue la tercera entrevista de una serie que comenzó con D. Emilio

García Gómez y siguió con Fray Darío Cabanelas. Ambos fueron maestros míos en la Universidad de Madrid, donde me licencié en Filología Semítica y en Historia. Las inolvidables y luminosas clases de D. Emilio empezaron a desvelarme, además, algunos de los grandes encantos y desafíos del arabismo y me decidieron a elegir esta profesión y su compromiso. Ambos dejaron huella indeleble en esta Universidad de Granada, más dilatada en el caso de Cabanelas. Ambos fueron también indeleblemente troquelados por esta ciudad y esta casa, que ha dado el nombre del primero, García Gómez, a una prestigiosa cátedra de extensión cultural, en cuyas actividades he tenido la satisfacción y la honra de participar, amablemente invitado por su actual director, el profesor Carmelo Pérez Beltrán, otro de los grandes amigos y colegas con que cuento aquí. El último es más reciente: la presentación, el año pasado, durante la Feria del Libro, en la Huerta de San Vicente, de mi obra *Mundo árabe y cambio de siglo*, incluida por la editorial de esta universidad en su excelente Biblioteca de Bolsillo, para lo que conté con el esfuerzo y la disposición de su director, el también querido, muy apreciado colega y amigo el profesor Rafael G. Peinado Santaella, quien ha vuelto a poner de manifiesto estas cualidades, me consta, a todo lo largo del proceso seguido para que mi investidura de doctor honoris causa de esta Universidad se lograra.

El relevante puesto que ocupa el arabismo granadino dentro del conjunto español resulta indiscutible, cuenta con los más sólidos argumentos y fundamentos. Granada ha sido siempre, indudablemente, pilar básico y soporte insustituible del arabismo nacional en todos los órdenes: por antigüedad, por permanencia, por dedicación, por nivel de docencia y de investigación, por vocación, por gusto, por marchamo y por estilo. Hacer arabismo en Granada ha sido siempre una forma particular y caracterizada de hacer arabismo, frecuentemente envidiada, por múltiples motivos y razones, por muchos de quienes no contaban con ese privilegio, con ese acicate. Ha de reconocerse sin embargo que el arabismo granadino, tal vez demasiado ensimismado en su embriagador ámbito de existencia, corrió el riesgo de hacerse demasiado acomodaticio, demasiado localista, apartándose de las tendencias y corrientes innovadoras, totalmente necesarias, justificadas y exigidas. Hay que reconocer, sin embargo, para ser objetivos, que en tal circunstancia se encontró no sólo el arabismo granadino, sino todo el arabismo español: fue un problema natural de desarrollo, de crecimiento, de percepción del mundo y de voluntad coherente de inserción en él. El nuevo tiempo, el nuevo espíritu, fueron mostrándose durante la década de los años sesenta del siglo pasado, para ir incrementándose, diversificándose y afirmándose a lo largo de las siguientes, aunque la andadura no resultara nada fácil y sí fuera a costa de grandes esfuerzos y dificultades, teniendo que soportar con frecuencia incomprensiones

en gran parte mezquinas e injustificadas, hostilidades turbias e innobles, enrocamientos gremiales anacrónicos.

Sin embargo, no es ahora la ocasión de analizar aquellos hechos ni de entrar en discusiones y pormenores sobre ellos. No soy tampoco yo el más adecuado para hacerlo así, entre otras razones, por mi condición de persona directamente implicada en ellos y en buena medida protagonista, por activa o por pasiva, de los mismos. Que no lo tome nadie por petulancia ni vanidad, pero así es, y para comprobarlo basta sólo con tener en cuenta datos rotundamente comprobatorios: la cronología y la bibliografía. Por otra parte, la documentada *laudatio* que ha hecho de mi persona y de mi obra mi generosísima madrina, la profesora del Amo, me exime de tal tarea y cumple con creces ese propósito.

Yo estoy ahora aquí entre vosotras y vosotros, únicamente, para reconocer, para afirmar y para proclamar en alto y con claridad que el arabismo universitario granadino supo hacer los cambios que había que hacer, supo modernizarse y actualizarse, fue consciente de que la mejor prueba de respeto y cariño a una gran tradición es impulsar una innovación a su mismo nivel. El arabismo granadino supo decir, en el momento y el lugar oportunos, antes de que el tiempo disponible se terminara, que el presente y el futuro son tan dignos de atención como el pasado, tan necesarios para la humanidad, para la cultura y para la ciencia como aquél, que no se oponen entre sí, ni se niegan ni se excluyen, sino que se acoplan, se complementan y se interaccionan. Que la ciencia-conciencia, patrimonio de la universidad, justificación, explicación y principio identitario de la misma, no es cuestión de primacías y preferencias de tiempos y de temas, sino de lucidez de ojos y de mentes, de ética de comportamientos y conductas, de acción solidaria y compartida. Hay que afirmarlo con claridad y firmeza: el arabismo universitario granadino supo hacer todo aquello a lo que estaba obligado. Renunciando a falsas disyuntivas, a dañinas confrontaciones internas, acertó a introducir los cambios, las modificaciones y las reformas necesarias, y en todos los campos: en metodologías, en planes de estudio, en procedimientos de debate interno y toma de acuerdos, en líneas de investigación, en caminos de difusión cultural, en presencia social. Obviamente, en la medida que la propia administración y los recursos de que disponía se lo permitían, no en todas las ocasiones los óptimos ni tan siquiera a veces suficientes. Pero supo hacerlo, y los resultados ahí están, son importantes y evidentes. Entendió, además, que en similar circunstancia y sometidos a semejante proceso se encontraban otros colectivos arabistas universitarios españoles, y compartió y participó con notable decisión y eficacia en la apertura y consolidación de nuevas áreas, estrategias, dedicaciones y presencias. En resumen: el panorama actual del arabismo granadino es sumamente brillante, positivo y esperanzador. Y quiero afirmar, siendo totalmente sincero en la afirmación, que yo siento una sa-

tisfacción y un orgullo grandes en haber colaborado siempre que se me ha pedido, en la medida de mis posibilidades, de mis conocimientos y de mis aptitudes, para que así lo consiguiera.

\* \* \* \* \*

No quiero terminar mi disertación, agradeciéndoos sincera y profundamente la distinción que me concedéis, sin traer algunos recuerdos personales, muy lejanos en el tiempo pero muy próximos en el sentimiento. Para alguien como yo, nacido en un pueblo de la provincia de Jaén, en Jódar, Granada ha sido siempre, desde la infancia, como nombre y como lugar, una realidad próxima y, al tiempo, un sueño casi inasequible, luz y bruma, palabra y murmullo, sonido y silencio. La primera vez que vine a Granada, para pasar unos días aquí fue de niño, con mi madre. Aquella primera vez mi padre no pudo venir con nosotros, porque estaba en la cárcel. Guardo sólo un recuerdo indeleble de aquella estancia: el paso de una sobrecogedora procesión, con muchas mujeres con peineta y mantilla. Luego volví a Granada en alguna ocasión, con ambos, durante mi adolescencia y mi juventud. Guardo también otro recuerdo vivísimo de entonces: nos alojamos en un pequeño y modesto hotel, cerca de Bibarrambla: la muchacha encargada de las faenas domésticas no hacía más que cantar boleros de Antonio Machín, “Mira que eres linda” en especial. Siempre que he vuelto después a Granada —¡y han sido tantísimas veces!—, hasta ahora mismo, me han acompañado estos recuerdos. Igual que me acompañan en este momento. Como me acompañan mis familiares: mi mujer, Mercedes, mis hijos y mis hijas, Sergio, Pedro Antonio, Rosa Isabel, Natalia, mi nieta Blanca, mi nieto Sergio. Como me acompañan mis seres más queridos. Estén o no estén todos ellos presentes. Porque los necesito cada vez más.

Todo esto os lo debo a vosotras y a vosotros, a quienes iniciasteis la propuesta y a quienes la habéis hecho vuestra y apoyado, cumpliendo todos los requisitos obligados. Permitidme que nombre a todos cuantos, órganos de gestión y de gobierno e individuos, habéis participado en el proceso. Iniciado por el Departamento de Estudios Semíticos de la Facultad de Filosofía y Letras, con su directora a la cabeza, la profesora María Isabel Lázaro Durán —la gentil e incansable Maribel—, seguida por la Facultad de Filosofía y Letras y su decana, profesora María Elena Martín Vivaldi, la Facultad de Traducción e Interpretación y su decana, la profesora Eva Muñoz Raya. Mi permanente y honda gratitud asimismo para las instancias y autoridades superiores: para el Consejo Social, presidido por don Jerónimo Páez López, y para el Consejo de Gobierno de esta Universidad: para la Vicerrectora de Extensión Universitaria, profesora María José Osorio Pérez, que me consta de buena fuente ha jugado

un papel fundamental en todo el proceso, y para nuestro Magnífico y Excelentísimo señor Rector, profesor David Aguilar Peña.

Por recibirme en vuestro Claustro, a todas y a todos, Shukran yazilan, Assalamu alaikum, Muchas gracias, la Paz sea con vosotros.